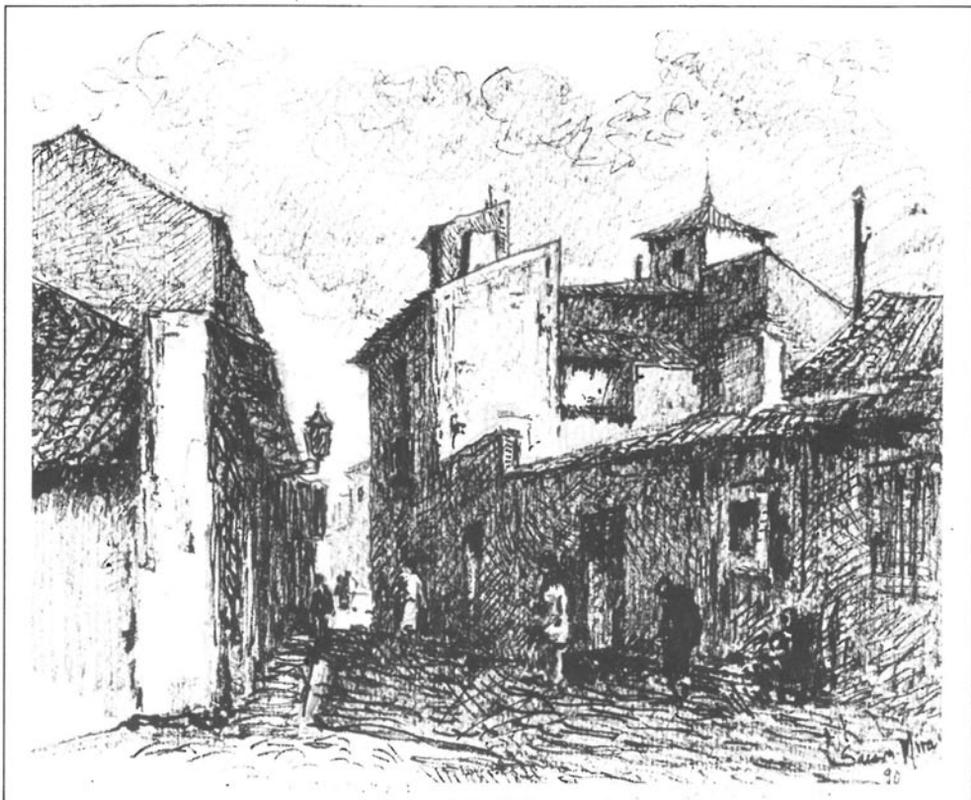


PAISAJE MURCIANO

JUAN ESTREMER GOMEZ



Se puede afirmar, sin riesgo a que se nos formulen fundamentados reparos, que el sentimiento del paisaje nace, en toda su plenitud, con los hombres del 98. Los clichés fijos, intemporales e inespaciales de la literatura clásica, bucólica o pastoril, del Renacimiento, nada tienen que ver con la visión personal, subjetiva e idealista, que adoptaron los escritores del 98.

Sin embargo, no hay que olvidar que el gusto por la naturaleza, por la descripción del paisa-

je rústico, es uno de los más definitivos logros del Romanticismo. En la valoración que hace Rousseau de la naturaleza y de lo natural se halla el punto de partida para el abandono de los tópicos del bucolismo clásico: se ha dado el definitivo adiós al verde prado, a la recia haya, a la deleitosa umbría donde seestean las apacibles ovejas. La descripción que hace Bécquer, en la carta tercera, de un humilde camposanto de aldea, merecería figurar en todas las antologías sobre el sentimiento del paisaje.

Se ha dicho muchas veces que la visión del paisaje está en función de un determinado esta-

do de ánimo. "El paisaje es un estado del alma", dicen los impresionistas. Un espíritu equilibrado, sereno, clásico —Garcilaso— describirá un paisaje riente, arcádico, literaturizado, de agua inmóvil, claro río y amena sombra.

Un alma atormentada, enfermiza, hipersensible, obsesionada con la idea de la muerte —Bécquer— enmarcará su relato con esos elementos románticos, también literaturizados, de ruinas, claustros derruidos, restos del torreón desmochado o del mínimo cementerio de aldea sobre el que la naturaleza triunfa cubriéndolo de ortigas y jaramagos.

Siguiendo la pauta marcada por los novelistas del XIX, el 98 va a descubrir y valorar el sobrio paisaje castellano. Quizá no se haya puesto de manifiesto cuánto debe la generación a aquellos narradores respecto a su gusto por el paisaje.

La fina sensibilidad de Azorín escogió, muy significativamente, para el capítulo "Castilla", del libro "El paisaje de España visto por los españoles", un texto de Galdós, que figura como prólogo al libro de José M.^º Salaverría "Vieja España" (1907). Es la narración de un viaje por tierras de Valladolid. Va caminando hacia Madrigal de las Altas Torres y escribe: "Entre la Mota y Madrigal, caminando hacia la cuna de doña Isabel, sentí la llanura con impresión hondísima". Subrayemos "impresión hondísima": parece un texto salido de la pluma de Unamuno o de Ortega.

La novedad reside no tanto en el tipo de paisaje escogido como en la manera de verlo. Azorín nos ha dado la clave de la nueva sensibilidad paisajística en el prólogo a las obras completas de Baroja. Habla del "cambio de valores" que se le presenta como una revelación, al leer un día un cuento firmado por un autor que él desconocía: Baroja. "Por un cielo azul, un cielo de Castilla, un cielo alto y reverberante, caminaban unas nubes blancas. Y había en todo el cuento una lejanía, una vaguedad, vaguedad de ensueño, una ilimitación, que me dejaron absorto".

Frente a lo circunscrito de los escritores realistas, estaba lo indeterminado, "lo indeterminado

con el misterio y con el profundo sentido de la vida que lo indeterminado impone". Pues bien, en el caso de Baroja, para expresar esa sensación grata, mejor, agrídulce, del sentimiento estético del paisaje, se ha recurrido a la indeterminación.

El ansia de posesión, de goce espiritual, de emoción estética que sobre el hombre ejerce todo lo que agrada, tiene, ante el paisaje, una excepción. No podemos apoderarnos del paisaje, de sus elementos: el paisaje nos arrebató a nosotros, nos transporta, nos deja inmersos en él. Y este éxtasis, esta inmersión en el paisaje, esta fusión en él, trae consigo el sentimiento emotivo de la naturaleza.

Dentro del complejo aspecto de las culturas mediterráneas se han desarrollado tres tipos de sociedad que, esquemáticamente, pueden observarse también en nuestra región: el puerto o ciudad marítima, que originó el estamento social del marinero o del comerciante; el valle o la huerta, que formó el tipo del agricultor, y la montaña, que produjo el elemento militar o guerrero.

La ciudad marítima, el valle y la montaña dieron lugar a tres formas de vida, de sociedad y de cultura distintas. Es ésta la primera diversidad que hallamos en nuestra región que, como ninguna otra de la geografía española, es tierra de insospechados contrastes y violentas oposiciones: desde las orillas del mar a las crestas militares de Moratalla existe una diferenciación específica climática, paisajística y socio-económica perfectamente visible.

Las ciudades del Mediterráneo, —San Pedro del Pinatar, San Javier, Cartagena, Mazarrón y Aguilas, y los pueblos ribereños del Mar Menor,— que nacieron del fecundo maridaje de la tierra con el mar, tienen un algo armónico, equili-

brado y perfecto. Son ciudades que parecen animadas de espíritu aventurero, que echan a volar su fantasía por esos caminos universales que son los mares. Y todo retorno supone siempre enriquecimientos y conquistas espirituales. Así se nos muestra Cartagena, que aparece ceñida por sus fuertes, rodeada de baluartes y defensas naturales, "cerrada a todos vientos y encubierta", para decirlo con las certeras palabras de Cervantes. Cartagena, solitaria y limitada ante el mar por la estrecha bocana de su puerto, se agranda y camina a espaldas del mar, incapaz de contener entre murallas su alma milenaria.

Estas ciudades poseen la belleza de la proporción y de la medida. Cuando se miran desde el mar, las edificaciones, los objetos, parecen brotar de las aguas, bajo un cielo azul, limpio y transparente. Sobre la serena quietud las ondas, sin pulsación ni latido apenas, se destacan las playas doradas, las dunas, los montes volcánicos, abruptos y escarpados, los conos de escombreras de las minas. Los pueblos murcianos del litoral representan la belleza sosegada, toda paz y armonía, del arte clásico y, estéticamente, nos hacen evocar la grave melancolía del anochecer.

Baroja ha dicho que en cualquier pueblo mediterráneo "el pensador más mísero, el ser más humilde, lleva en el cerebro, por la misma limitación del mar interior, una idea del mundo. El habitante oscuro del Atlántico mira al mar como un final ilimitado. El habitante oscuro del Mediterráneo mira al mar como un camino". Para los hombres que habitan nuestros pueblos del litoral, "las orillas del mar guardan siempre una sorpresa que, a veces, toma aspecto de lección". En estas aguas del Mar Latino "el hombre vive una vida ligera y elástica; aquí la marea no amenaza constantemente al hombre como en el océano, y la vida humana se desarrolla en el contacto plácido de la tierra..."

Y nos aproximamos al valle atravesando las tierras de los campos de Cartagena y Lorca en los que ya es una realidad el milagro del agua, en donde afincan sus raíces la higuera, el algarrobo y la pitera, florece el almendro y agoniza el molino de viento.

La huerta significa la eclosión de la vitalidad, el culto a la fuerza fecundadora de la naturaleza. El río vió nacer en sus orillas, diseminados en la vega o apretados en el valle, villas y pueblos al amparo umbroso de arboledas y frescos de huertos. La vida aquí puede hacer al hombre más indolente o abúlico en contacto con el favorable medio que le rodea. Para comprobarlo basta con ascender a la Cresta del Gallo y dirigir la mirada al sur, hacia el paisaje desolado, lunar, de imprecionante topografía que simula conos de volcanes extintos y contemplar luego, al norte, la capital, las edificaciones, el esparcido caserío sobre el mar de verdor de la vega, partida en mil fragmentos de bancales y huertos.

Desde el Mojón de los Reinos, en Beniel, hasta Calasparra, una veintena de pueblos se escalonan en las márgenes del Segura, en el que se vertebran las ramificaciones que forman, al este, las ramblas de los campos de Fortuna, Abanilla y Santomera, al norte las que recogen las aguas del altiplano de Jumilla y Yecla, mientras que por el oeste se articulan los valles del Guadalentín, Mula, Quípar y Argos.

Sobre los pueblos de la vega flota una atmósfera de aroma denso y vario. La fuerte evaporación produce en el valle retazos de niebla que permanecen aprisionados, retenidos, en las hondonadas que forman los taludes montañosos. Al atardecer los tonos de azul intenso se van convirtiendo en suaves grises. Cuando a esa luz filtrada del crepúsculo contemplamos cualquiera de estos pueblos, nos sorprende el bellissimo espectáculo del conjunto urbano cuya blancura destaca sobre el trasfondo ocre de los cerros y se enmarca, en la parte inferior, por las ceñidas curvas del río y la fuerte tonalidad verde de los



huertos. No puedo por menos de recordar, al otro lado de la vega, esas azorinianas montañas —sierras de la Espada y de la Pila, campos del Boquerón y Casablanca, sierras del Ascoy y Benís, pico del Almorchón, sierras del Oro y de Ricote y la Copa de Bullas y la llanada de Cagitán, con su soledad impresionante—, montañas levantinas, azules en la lejanía, transparentes, cristalinas, con sus pinos aromáticos, sus secos espartizales, sus sedientos ramblizos, sus romeros, mejoranas, salvias, cantuesos y tomillos floridos. Estas tierras trágicas, tristes, pero solemnemente hermosas, componen una modalidad paisajística muy semejante a la de Castilla, cuya valoración estética, en plena vigencia, por otra parte, es una conquista de la sensibilidad de los hombres del '98".

Y más allá el espolón de España, con sus pinadas próceres vigilando hasta el mar, y a sus pies, el valle del Guadalentín, tierras de Librilla, saladares de Alhama y Totana, con la sierra de Carrascoy al fondo, y los campos de Lorca, que ya fueron descritos, en el bellísimo castellano del siglo XIV, por el infante don Juan Manuel:

"Et el río Sangunera viene de Lorca e entra en la huerta de Murçia e do entra en la huerta ay muchas garças e bitores

mas non ha pasos sinon muy pocos e muy fuertes. Et todo el río es armajal. Et fasta Libriella ha más garças et dende arriba quanto más sube contra Alhama e contra Tutana e contra el Sorrajo e fasta la huerta de Lorca, tanto es peor ribera, e ay más caça e más grave de caçar."

Desde el aire la huerta es un ancho camino de verdura intensa. A ambos lados quedan los linderos del Campus Spartarius, las estremeedoras tierras que impresionan en la antigüedad a Plinio y que tomaron nombre —Carthaginenses Spartaria—, de la propia planta que cubre los montes. En este un paisaje de violentos contrastes, de fuertes tonalidades ocres y plomizas, de insospechados juegos de luz y de sombra, aptos para la paleta de un pintor impresionista, con sierras puras y limpias, de una desnudez casi agresiva.

El viajero que desde los vallecillos quebrados y huertas de las márgenes del Mula —con la sorpresa vegetal de Campos del Río, Albudeite y Mula— asciende hacia los hombros de gigante de la meseta noroccidental que son Caravaca y Moratalla, pasa, sin transición apenas, de la estepa calcinada del Sureste a los verdes boscajes pinariegos de Bullas y Cehegín y a la oscura sombra de los encinares, sabinas y enebros de su linde más septentrional. Los ramblizos salinos discurren entre margas blancuzcas y amarillentas. En el propio cauce se levanta la mancha verdosa de las espadañas, tarays, tamarindos, lentiscos y baladres rojos de púrpura. Cuando la linfa no es salobre, al pie de las quebradas gredosas, surge el oasis umbrío que ha creado el prodigioso milagro del agua: el huerto de naranjos y limoneros, vigilado por el grave ciprés, el almendro de nata, la palmera erguida, el perfumado laurel y el poético mirto. Las ascéticas tierras del campo murciano, esteparias, desérticas, casi saharianas, tienen su contrapunto en la lujuriosa vegetación de estos remansos de verdor y de intenso y vario aroma. Allí cerca, junto a los tapiales terrosos de las casas de labor, se levanta el seto natural, espinoso, de la chumbera de mil dardos y el agave de agujas penetrantes.

Los más literarios pueblos murcianos flanquean la ruta azoriniana de "La voluntad", que arranca en Blanca y concluye en el Pulpillo yeclano, pasando por Jumilla y el convento de Santa Ana. Camino del altiplano y siguiendo la carretera al pie del puerto de la Losilla, una nueva modalidad paisajística se abre ante nuestros ojos. Pasados los últimos parrales abarateros y las explotaciones agrícolas de Casablanca, el Boquerón y el Aljuzarejo, entramos, por las Casas del Puerto, en un mundo geográfico, paisajístico y urbano, ya plenamente manchego.

Lentamente el horizonte se ensancha en extensos viñedos, en geométricos olivares. El paisaje se ha tornado en literatura gracias a las páginas inolvidables de Azorín, Baroja y Castillo

Puche. Yecla, Yécora, Hércula es "el pueblo capitán", según frase acertada de Gómez de la Serna, que llega a constituir en novelas como "La voluntad", "Camino de perfección" y "Con la muerte al hombro", la más típica encarnación de la España negra del 98.

No todo es actitud crítica, visión pesimista y trágica de la realidad. En las novelas citadas hay, indudablemente, amor a las cosas y compenetración espiritual con el paisaje: la campana que desgrana sus notas a la luz incierta de la alborada llamando a la oración; los labriegos que, muy de mañana, caminan hacia el haza lejana; los infinitos campos de Yecla, melancólicos y tristes, cuando en la otoñada, y al caer la tarde, los pámpanos se tornan violáceos y rojizos, en un paisaje transparente de sierras perfiladas y páramos amarillos, "al filo de los vientos flagelantes". Desde las Atalayas, la absorta pupila del viajero contemplará siempre el campo de Pulpillo, de esenciales, amplios, indeterminados horizontes, abierto hacia los manchones rojizos de las lomas de las Moratillas y de Marisparza. Estas tierras graves, profundamente serias, son aptas para la meditación. El camino que conduce a Yecla en las dos primeras novelas citadas, de Azorín y Baroja, respectivamente es, a la vez, una ruta intelectual, de severa reflexión en los destinos de España, que se imponen los dos protagonistas: Antonio Azorín y Fernando Ossorio. (Significativamente A. Azorín leyó en el convento de Santa Ana un libro de Catalina Emmerich, "La Pasión", que le impresionó tanto como "La educación sentimental", de Flaubert, y las "Poesías" de Leopardi).

Los campos murcianos del interior dotan a los espíritus de sus habitantes de unas muy peculiares actitudes rígidas y austeras. Los pueblos tienen algo de castillo y de fortaleza: parece que se les ve preparados para la defensa. La ciudad española medieval, emplazada sobre una eminencia, es una creación urbanística acabada y perfecta. Muchos siglos de historia han presidido su perfil bélico, su silueta inconfundible. Alledo, Alhama, Bullas, Calasparra, Caravaca, Cehegín, Moratalla, Mula y Lorca y Yecla y Jumilla y tantos otros, son pueblos alerta, arriscados en la altura

o edificados al pie de fortalezas y castillos, como vigías perpetuos de vastos e ilimitados horizontes. Ciudades roqueras, místicas y alerta, con su talante de grandes atalayas para otear la altura.

Todas comparten una peculiar topografía, en algún caso intrincada y laberíntica, de estrechas calles y angostos, zigzagueantes, empinados callejones. Son los restos de las viejas ciudades medievales que, al aire de su vuelo, batan las alas, como alcotán que se lanza desde un risco... Aún quedan en ellas casonas solariegas en cuyos frontis campean blasones y escudos nobiliarios. En las fachadas, los enrejados ventanales se abren a amplios zaguanes y espaciosas estancias. Nobles edificios aún resisten y aguantan como pueden, los embates del colosalismo urbanístico moderno.

Hacia esos rincones de nuestra geografía urbana se proyecta hoy nuestra visión lírica y elegiaca de un pasado sobre el que ha perdurado lo eterno e inmutable: el sonido del carillón de la pequeña iglesia que tañe al alba; el recogido jardincillo de toscos bancos semiocultos entre frondas; las altas tapias de la finca privada sobre la que asoman unos chopos aprisionados... Y como techo, el cielo eternamente azul y las nubes blancas, siempre cambiantes y siempre las mismas.

Esta posición nostálgica, ensoñadora, nos impulsa a admirar aquellos elementos paisajísticos supratemporales, eternos, con el pensamiento puesto en el tránsito irreparable del tiempo. Visión dolorida, llena de emoción cordial, de desazonada melancolía por un ayer fugaz que ha pasado vertiginosamente. "Junto a un balcón, en una ciudad, en una casa —ha escrito Azorín—, siempre habrá un hombre con la cabeza, meditadora y triste, reclinada en la mano. No te la podrán quitar el dolorido sentir"...



Otra vez hemos vuelto a la vega, tras un breve recorrido por la Murcia del interior. A la Huerta. Al jardín literario levantino, frutal, mironiano, recargado y barroco. A la tierra blanda de los huertos, al seno húmedo y fecundo de toda fertilidad, allí donde el poeta siente una sed insaciable de ser naranjal o limonar. O simplemente, tierra...